

La cuestión de Occidente Ensayo sobre la perennidad del sistema norteamericano*

Christian Fournier

La cuestión de Occidente puede formularse de la manera siguiente: los Estados Unidos, que sueñan con imponer la democracia en todo el mundo, ¿aceptarán una «democracia de los Estados-naciones» como principio superior a sus propios valores nacionales? Si hay una lección que debe sacarse de la historia del siglo XX, es que las políticas de equilibrio de las potencias sin una autoridad predominante provocaron dos guerras mundiales en menos de cincuenta años. El mundo necesita una autoridad reguladora. Pero no basta con que haya un sheriff: hace falta también una ley.

Desde hace siglo y medio, la «cuestión de Occidente» ha aportado crisis y guerras en los Balcanes. Las guerras de Bosnia y Kosovo han mostrado la gran actualidad de esta cuestión. Y desde hace medio siglo, la zona de inestabilidad que cubre esta «cuestión» se ha extendido hacia el Este: no sólo al Próximo Oriente, sino también a esa zona que Zbigniew Brzezinski¹, en su libro, *Le Grand échiquier*, ha llamado los «Balcanes eurasiáticos», y que va

*Publicado en la revista *Études*, marzo 2004.

¹ Zbigniew Brzezinski, *Le Grand échiquier*, Hachette, 1997. Traducción castellana: *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Paidós Ibérica, 1998.

desde Irán a Pakistán incluyendo, por el norte, a las repúblicas de la antigua URSS que bordean el mar Caspio.

Sin embargo, en sus respuestas a estas inestabilidades, el sistema de relaciones internacionales se encuentra ante una «cuestión de Occidente», latente también desde hace casi un siglo y que aún va a mantenerse: «¿Cómo entiende gestionar Norteamérica su supremacía mundial?». Hoy es claro que a esta «cuestión de Occidente» se le pueden dar dos respuestas a medio y largo plazo:

– Los EE UU pueden pretender conservar «hasta el fin» su actual supremacía, esforzándose por utilizar su influjo en todos los países del mundo para suscitar en todas partes la adopción de su sistema económico y social que junta libertad y democracia;

– de manera alternativa, los EE UU pueden pretender suscitar desde ahora mismo la emergencia progresiva de otro sistema internacional que garantice la estabilidad internacional, el cual sistema adoptaría un pluralismo tal que los países podrían ser plenamente miembros de la comunidad internacional aunque no compartan, del sistema de valores occidental, más que lo que ha sido reconocido en él como «universal».

La respiración democrática

Cuando se intenta ver más allá de los acontecimientos del 11 de septiembre y los de Afganistán e Irak, se hacen dos constataciones, comprobadas desde hace una década al menos: por una parte, EE UU posee actualmente todos los atributos de una potencia mundial preeminente, a un nivel no igualado desde la Antigua Roma; por otra parte, la situación de los EE UU es diferente de la de los imperios que los han precedido, ya que, al tratarse de la primera «verdadera democracia» preeminente, se encuentra sometida a lo que puede llamarse, parafraseando a Kevin Phillips², «la respiración democrática».

Tras Fernand Braudel y Emmanuel Wallerstein, Paul Kennedy es sin duda quien mejor ha analizado las razones de la supremacía de los EE UU. Una leyenda pretende que su libro de 1988, *Naissance et déclin des grandes puissances*³ se convirtió en libro de cabecera de los dirigentes de la URSS y que, de esa manera, aceleró la *Perestroika*... El análisis de Paul

² Kevin Phillips, *Wealth and Democracy*, Ed. Random House, New York, 2002.

³ Paul Kennedy, *Naissance et déclin des grandes puissances*, Payot, 1989. Traducción castellana: *Auge y caída de las grandes potencias*, Plaza & Janés.

Kennedy se apoya en un triángulo virtuoso que, para todo Estado-nación, constituye la fuente del poder (se define como «la capacidad de obtener los resultados apetecidos»): un instrumento militar y naval prepotente, fuente del poder a corto plazo; un sistema económico y tecnológico con buenos resultados, que le aporta el crecimiento económico, único recurso que permite al Estado-nación asumir, a medio y largo plazo, el coste del mantenimiento de su poderío; finalmente, un sistema político y cultural capaz de satisfacer las necesidades socio-económicas de los ciudadanos y de aportar una estabilidad social y un sentimiento de «superioridad moral» —condiciones necesarias para que el Estado-nación pueda y quiera adquirir y ejercer su poderío.

Ciertamente, no faltan espíritus críticos que anuncian el próximo agotamiento de Norteamérica por culpa de la *strategic overextension* y que ya especulan sobre *El final de la era americana*⁴ o sobre cómo será el mundo «tras el imperio»⁵. Pero

⁴ Charles A. Kupchan, *The End of the American Era*, Ed. Alfred A. Knopf, New York, 2002.

⁵ Emmanuel Todd, *Après l'empire. Essai sur la décomposition du système américain*, Gallimard, 2002. Traducción castellana: *Después del imperio: ensayo sobre la descom-*

no hay que olvidar que, durante los cuarenta años de la guerra fría, los Estados Unidos soportaron un esfuerzo financiero proporcionalmente superior al actual. La Primera Guerra mundial acabó con la hegemonía de la Gran Bretaña imperial, cosa que no había conseguido ni la guerra de los Boers ni las campañas de Sudán o Afganis-

Lo que hace diferente la situación de EE UU es que se trata del primer «imperio democrático»

tán... Actualmente, los EE UU están empeñados en la increíble apuesta de bajar los impuestos en plena guerra: si se equivocan, al Presidente le costará su reelección, ¡pero a Norteamérica no le costará su hegemonía!

Lo que hace diferente la situación de EE UU es que se trata del primer «imperio democrático». No es denigrar a Francia y a Gran Bretaña, constatar que, en esas dos democracias del siglo XIX, el imperio fue objeto de un «consentimiento informal»: la opinión y la clase política dejaban a las sucesivas administraciones y gobiernos

posición del sistema norteamericano, Foca (Grupo Akal).

la libertad de gestionarlo, agrandar y defenderlo a su guisa, mientras esa tarea no impusiera demasiados sacrificios al país. En EE UU, por el contrario, se ha dado un verdadero debate democrático en torno a las relaciones exteriores. Este debate dura desde la *Farewell address* de Washington (1796); y llama la atención la continuidad en las posiciones de los protagonistas, de manera que los

*la «respiración democrática»
proporciona a Norteamérica
la ocasión de corregir sus
errores a medio plazo y
amortigua sus excesos*

actuales debates políticos pueden invocar las posiciones de Hamilton, Jackson y John Adams ¡sin que ello sorprenda a nadie lo más mínimo! A nosotros, los europeos, nos resulta más cómodo recordar los rasgos emblemáticos más recientes de las tres posturas principales en torno a ese debate: la política de Teddy Roosevelt (un «unilateralismo» con ciertos tintes de realismo wesfaliano); la política de C. Coolidge (un «aislacionismo» con ribetes de superioridad moral); y la política de T.W. Wilson (un «multilateralismo» fuertemente marcado por una moral universalista).

La historia de las relaciones exteriores de los Estados Unidos en el siglo XX ha estado marcada por un sorprendente movimiento alternativo entre estas tres posiciones, mientras que la «respiración democrática» imponía a los sucesivos gobiernos americanos cambios de posición espectaculares en periodos de veinte a treinta años, que coinciden, grosso modo, con la llegada de generaciones que viven una experiencia diferente a la de sus padres. Sorprende, sin embargo, que la Sociedad de Naciones, creada por T.W. Wilson en 1920, pero inmediatamente rechazada por los aislacionistas, haya sido creada de nuevo de forma casi idéntica bajo el nombre de ONU por F.D. Roosevelt en 1946, para llegar a ser, ya en 1965, un «trasto» aborrecido por los sucesivos gobiernos norteamericanos, antes de volver a descubrir su uso a comienzos de los años 90.

La «respiración democrática» proporciona a Norteamérica la ocasión de corregir sus errores a medio plazo y amortigua sus excesos. Actualmente, la irritación de cierta opinión europea ante la política de G.W. Bush queda atenuada por el recuerdo de las políticas «inversas» llevadas a cabo por sus predecesores. Sin querer reconocerlo explícitamente, esos europeos ¡esperan la alternancia!

Pero no deben engañarse: la política norteamericana tiene sus propias constantes...

La expansión del modelo norteamericano

Lo permanente en todos los gobiernos americanos es su fe en el modelo tripolar: libertad, primado de la voluntad popular y deber misionero. La libertad se encuentra en el corazón del modelo americano, pero no se trata solamente de la libertad de actuar, de poner plenamente en valor las propias capacidades, que tanto atraía a los inmigrantes del mundo entero; se trata también de la libertad de ganar, ¡de ganarlo todo! Esta idea del *winner takes all* no resulta chocante para la sociedad norteamericana, al contrario. En política, la proporcionalidad es desconocida, la regla es el escrutinio uninominal, a una sola vuelta. En los negocios, los mejores son recompensados sin límite y, a cambio, tienen el deber moral de aportar sus competencias al funcionamiento colectivo del sistema. Por oposición, el otro aspecto esencial de la libertad es la libertad de perder. No hay libertad sin riesgo, sin la sanción del fracaso, y sobre todo sin el miedo al fracaso que obliga a superarse. Todo se merece, y el *free rider*, que se

abandona hasta el punto de aportar al sistema menos de lo que retira de él, merece desprecio porque debilita el cuerpo social.

Además de la libertad, los conceptos dinámicos del modelo norteamericano son el primado absoluto de las leyes del país y la absoluta necesidad de difundir en todo el mundo las bondades de este modelo. Estos dos conceptos se encuentran unidos como consecuencia de la desconfianza de los Padres fundadores hacia los países corrompidos que habían obligado a sus antepasados a tomar el camino del exilio. Tras fundar una nueva Roma, cuyas instituciones incorporan lo mejor de todas las que las precedieron, los Padres fundadores quisieron proteger dichas instituciones contra la contaminación del mundo exterior, rechazando al Ejecutivo el derecho de concluir tratados sin la ratificación del Congreso a la mayoría de dos tercios. Toda ratificación es, pues, una aventura de política interior, y el Congreso es dueño de la operación –las más de las veces, por desgracia, para rechazar el tratado... La idea de los norteamericanos según la cual su país funciona conforme a la voluntad del pueblo, sin el menor obstáculo, ha sido uno de los motores de su confianza. Esta confianza quedó brutalmente que-

brantada cuando los atentados del 11 de Setiembre demostraron que «el exterior» es capaz en delante de contaminar el sistema aprovechándose de su complejidad para producir unos efectos perversos.

Corolario: el mundo exterior ha de ser organizado o controlado por todos los medios; y el medio más provechoso para todos sería ¡que el mundo entero adoptara el sistema norteamericano! Íntimamente persuadidos de las bondades de su sistema, los norteamericanos sienten el deber moral de difundirlo en todo el mundo. Se podría establecer un paralelo con la España de Felipe II, para la cual las riquezas del Nuevo Mundo no eran sino retribuciones accesorias, ya que lo que importaba ante todo era convertir a los paganos a la Verdadera Fe⁶.

El modelo norteamericano tiene un innegable poder de atracción, y su coherencia interna es inatacable. Resulta difícil encontrar hoy un ciudadano norteamericano que no esté impregnado de esos tres polos «ideológicos»; para un candidato a una elección en los EE UU, cuestionarlos sería como

⁶ Este paralelismo fue establecido hace cincuenta años por Salvador de Madariaga en su biografía de Hernán Cortés.

el beso de la muerte. Pero este modelo –perfecto en una situación de aislacionismo– choca inevitablemente con reacciones de rechazo en cuanto el sueño de su difusión en el mundo se convierte en realidad. El concepto norteamericano de libertad casa mal con el de igualdad, predominante en muchas sociedades, desarrolladas o no desarrolladas; su idea de la superioridad de sus leyes dificulta a los norteamericanos la práctica de una política auténticamente «multilateral»; finalmente, su «espíritu misionero» va en sentido contrario de la comprensión que exigen las demás culturas, ¡las de las sociedades desarrolladas o las otras!

De esta manera, ante las previsibles reacciones de rechazo, los norteamericanos tienen dos posibilidades: o bien negarlas por la fuerza, haciendo uso de su hegemonía para modelar el mundo a su imagen, de manera que su declive –inevitable a la larga, si todo el mundo los imita– al menos se produzca en un mundo que podrán considerar como el suyo; o bien «aceptar» que el mundo refleje varias imágenes, apostando por que, a largo plazo, su modelo resulte el más influyente y atractivo. Conservadas las debidas proporciones, estas dos opciones recuerdan las que fueron discuti-

das al comienzo de la guerra fría: George Kennan, en su famoso *long telegram*⁷, propugnaba la moderación en el uso de la fuerza, apostando por que el modelo soviético no podría soportar, a largo plazo, la comparación con el modelo norteamericano; por el contrario, Paul Nitze, en su no menos famosa nota NSC 68⁸, propugnaba la confrontación activa en todo tiempo y lugar contra los manejos soviéticos.

De hecho, fue necesaria una alternancia entre estas dos políticas para que los norteamericanos ganaran la guerra fría. Intuitivamente, uno apostaría a favor de que los futuros gobiernos norteamericanos, bajo el efecto de la «respiración democrática», se vean obligados a practicar una alternancia parecida contra las amenazas exteriores.

Una comunidad de valores

¿Cuál puede ser la reacción del mundo frente a la expansión del modelo americano? En primer

lugar, el único actor capaz de reaccionar como verdadera potencia es Europa. Los actores secundarios (incluidos los pueblos del Próximo Oriente y de los «Balcanes eurasiáticos») sólo pueden reaccionar por la obstrucción y/o el terrorismo, que pueden molestar, pero no impedir. China y la

*lo permanente en todos los
gobiernos americanos es su
fe en el modelo tripolar:
libertad, primado de la
voluntad popular y deber
misionero*

India, Rusia y Japón están preocupados por su propio crecimiento económico, base de una potencia futura: su turno llegará (o volverá), pero solamente más allá del medio plazo.

Europa, a pesar de todas las críticas que se hayan podido verter sobre ella, es la única entidad que posee a la vez: un sistema económico y tecnológico comparable al de los EE UU; un instrumento militar y naval digno; un sistema político y cultural todavía en construcción, pero con un poder de atracción desde ahora casi capaz, no de igualar, pero al menos sí de rivalizar con el del modelo norteamericano.

⁷ George Kennan, *Moscow Embassy Telegram* 511 (1946), disponible en <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/coldwar/documents/episode-1/kennan.htm>.

⁸ Paul Nitze, *NSC 68 United States objectives and programs for national security* (1950), disponible en www.fas.org/irp/offdocs/nsc-hst/nsc-68-1.htm.

Por encontrarse comprometida en una inmensa empresa de construcción —una tarea eminentemente política—, Europa es también la única entidad con rasgos de potencia que realmente necesita elaborar un sistema de valores común y una visión común del mundo para orientar las decisiones políticas de los países que la componen.

Este empeño es indispensable para Europa, ya que cada uno de los Estados que la constituyen comparte una verdadera comunidad de valores con los Estados Unidos ¡pero no se trata siempre de los mismos EE UU! Como dijo Hill Emmott en *20/21 vision*⁹: «El sistema capitalista está destinado a seguir siendo un dato permanente del siglo XXI, de una u otra manera. Pero es este “de una u otra manera” lo que constituirá toda la diferencia...» Todos los países, a ambos lados del Atlántico, están a la búsqueda de los compromisos ideales para conseguir encajar los tres polos del «triángulo de Kennedy», pero no existe un consenso sobre su naturaleza exacta.

Por lo que se refiere al compromiso entre el crecimiento econó-

mico y un sistema político y cultural que responda a las necesidades socio-económicas de los ciudadanos, se asiste a un duro debate entre partidarios de un liberalismo puro y duro (Gran Bretaña y países de Europa del Este) y los partidarios de un liberalismo suavizado por el reparto de bienes (Alemania, Francia, países escandinavos). Un debate parecido se ha mantenido en la «respiración democrática» norteamericana, que, de una sociedad enteramente dominada por el *big business* durante los años 1866-1905, progresivamente pasó a ser una sociedad «liberal de reparto» con el *New Deal* y los programas sociales posteriores a la Segunda Guerra mundial, para más tarde volver a ser progresivamente «liberal, pura y dura» desde el fracaso del proyecto de *Great society* del presidente Johnson.

Respecto a la utilización óptima del instrumento militar, una vez más Europa comparte con los EE UU una visión común de las relaciones internacionales; se trata de la visión de los presidentes D. Eisenhower y J.F. Kennedy: disponer de la fuerza ¡para no verse obligado a utilizarla! Pero, en aquella época de la guerra fría, exhibir su fuerza era efectivamente cuanto los EE UU podían hacer. Desde entonces la situación ha

⁹ Hill Emmott (redactor jefe de *The Economist*), *20/21 vision*, Ed. Farrar, Straus & Giroux, New York, 2003.

cambiado considerablemente, ¡y la nostalgia europea por aquella época bendita es un tanto hipócrita!

A ello se añade, en el caso de los europeos –por la fuerza misma de su historia–, una desconfianza al mismo tiempo contra los costes humanos y económicos de las guerras y contra los peligros inherentes a toda aventura militar. Lo que los norteamericanos llaman las «tendencias venusinas» de la Vieja Europa –en oposición a sus propios métodos «marciales»– proviene del hecho de que los europeos tienen una sobrada experiencia del alto precio en vidas y devastaciones que exige el empleo de la fuerza. Dicho lo cual, cuando se esfuman las soluciones negociadas, ¡todos se ven forzados a emplear los mismos métodos!

En las relaciones entre Europa y los EE UU, los sistemas políticos, sociales y económicos son demasiado parecidos, las amenazas demasiado evidentemente comunes, los intereses demasiado entremezclados para que los enfrentamientos lleguen más allá de una disputa de familia. Y, de hecho, lo que sucede no es otra cosa que una disputa de familia: los dos hermanos son responsables de un patrimonio común, aunque no se entiendan sobre la manera de hacerlo fructificar.

¡Un mundo susceptible de mejora!

En tanto que son las entidades más poderosas del planeta, una desde todo punto de vista y la otra esencialmente desde el punto de vista económico, EE UU y Europa tienen una responsabilidad ante el mundo: ¡la responsabilidad de hacerlo mejor! Las ocasiones no faltan.

La primera responsabilidad es la de presentar al mundo un modelo

su idea de la superioridad de sus leyes dificulta a los norteamericanos la práctica de una política auténticamente «multilateral»

eficaz de gobierno y desarrollo económico. El mesianismo norteamericano no es algo ridículo. Si los europeos fueran sinceros en su introspección, admitirían que también ellos arden en deseos de compartir con el mundo las bondades de su sistema; ello es particularmente evidente en Francia, donde la exportación del modelo republicano sigue en vigor. Mientras que los sueños «igualitaristas» del siglo XX han demostrado lo que eran: fumosos o criminales, «la ideología» norteamericana,

con el dinamismo del *winner takes all*, parece capaz de imponerse frente a las «ideologías de reparto» europeas, que se dirían penalizadas por un exceso de *free riders*. Pero las perturbaciones causadas por los que nada tienen pueden ser inmensas: tal fue la experiencia de Europa con las revoluciones y guerras civiles de los siglos XIX y XX; le toca ahora el turno a los EE UU –a pesar de su

*¿existe una solución
óptima hacia la que podrían
convergir el liberalismo puro
y duro y el liberalismo de
reparto?*

tradición de Estado bien protegido y gobernado– de experimentar esas perturbaciones, ya que la globalización hace posible la exportación del terrorismo por parte de los *have nots*.

De manera que la cuestión se plantea en los siguientes términos: ¿Existe una solución óptima hacia la que podrían convergir el liberalismo puro y duro y el liberalismo de reparto?, o bien es inevitable que, cada treinta o cincuenta años, se produzca una oscilación de gran amplitud para evitar los inconvenientes del sistema elegido y buscar las ventajas del otro? Para la

unidad de Europa, convendría que una convergencia entre ambos sistemas fuera posible.

El mismo dilema de reparto existe en las relaciones económicas entre países ricos y países pobres. Pero, como insiste Hill Emmott, el sistema democrático no tiene como función ocuparse de los intereses de los demás países: ese dilema tendrá por ello una solución tanto más difícil; y es de temer que los países pobres no puedan hacerse oír sin emplear sus propias capacidades de dañar a los demás...

En las relaciones internacionales, el porvenir está aún más abierto. Si hay una lección que debe sacarse de la historia del siglo XX, es que la política de equilibrio de las potencias desprovistas de una autoridad predominante ha provocado dos guerras mundiales en menos de medio siglo. Es precisa una autoridad reguladora en el mundo. ¿Cuál ha de ser? Los EE UU dicen: ¡Nosotros! El resto del mundo dice: Por ahora, vosotros, pero en adelante será necesaria la legitimidad de un pluralismo internacional.

No basta con que haya un *sheriff*, se necesita también una ley. Ahora bien, el sistema de los principios que rigen las relaciones internacionales se encuentra en

plena mutación. Las normas nacidas del derecho wesfaliano, del derecho de gentes, de los derechos del hombre, de los derechos relativos a los crímenes de guerra y a los crímenes contra la humanidad, todo eso forma actualmente un conjunto poco coherente, en el que es posible encontrar la manera de justificar las actuaciones más dispares. La segunda guerra del Golfo está ahí para demostrarlo.

El método comunitario

En este momento, los EE UU dan la impresión de ser un país que ha llegado a un cierto nivel de perfección del Estado-nación. El hecho de que sea un Estado-continente le supone una gran ayuda, pero aún hay algo más: el haber cimentado sus instituciones sobre el *rule of law* y sobre un sistema de *checks and balances* asegura a este país un modo de funcionamiento muy democrático, en el que la voluntad popular se ejerce de una manera cada vez más directa, con más y más posibilidades de recurrir. No obstante, un sistema semejante ¿no comporta unos riesgos que le son inherentes? En un libro provocador¹⁰, Fareed Zaka-

ria sostiene que la democracia directa puede revelarse como enemiga del bien público: decisiones miopes o egoístas; tiranía de las campañas electorales y de los *lobbistas*; incapacidad de llevar a cabo una política con cierta continuidad, etc. Estos defectos se han dejado ver de manera caricaturesca en la campaña por la destitución del Gobernador de California.

Desde este punto de vista, podría afirmarse que el método comunitario de la Unión Europea es superior a la democracia directa norteamericana. Intercalando una pantalla (la búsqueda de un consenso entre los dirigentes de los diversos Estados) entre la voluntad del pueblo y su traducción en actos y en leyes, el método europeo obliga a llevar a cabo una clarificación de los valores en liza, a una explicitación de las intenciones, a una sumisión a los principios comunes que –aunque resulten irritantes y molestos a corto plazo– no pueden sino mejorar su funcionamiento a largo plazo. Aplicado al terreno de las relaciones internacionales, el método comunitario conduciría a una acción mucho más moderada que, necesariamente, descansaría sobre una serie de normas y principios. Y, en la hipótesis de que tales principios, no suficientemente aclara-

¹⁰ Fareed Zakaria, *L'Avenir de la liberté*, Éd. Odile Jacob, 2003. Traducción castellana: *El futuro de la libertad*, Taurus, 2003.

dos o armonizados, entrasen en contradicción entre sí, entonces la UE quedaría paralizada; lo cual no sería una mala señal, sino la señal de que hay que continuar trabajando en la formulación de los principios...

Los posibles beneficios del método comunitario no sólo son reconocidos dentro de la UE. Joseph Nye Jr sostiene, en *The Paradox of American Power*¹¹, que Norteamérica debería ser deliberadamente multilateral en la elaboración de cualquier política importante: sometida a las críticas y a los consejos de sus aliados, ¡se equivocaría menos veces!

Una entidad reguladora multinacional

En el fondo, la única diferencia esencial entre Europa y los EE UU gira sobre una cuestión de perímetro democrático. Los EE UU se esfuerzan por que la voluntad del pueblo norteamericano prevalezca en todas partes. Se trata de una fuerza enorme en orden a la propagación de su sistema, pero también de una gigantesca debili-

dad, porque ello da lugar a tratados no ratificados o denunciados, con el consiguiente oprobio ante la comunidad internacional.

La UE ha sido construida sobre la base de la sumisión a un interés superior (supranacional o connacional) de los Estados que la componen y sobre la primacía de los tratados internacionales respecto al derecho nacional. A la larga, esta posición de principio de la UE prevalecerá necesariamente sobre la postura egoísta de un Estado-nación, aunque sea tan poderoso como los EE UU. La humanidad ha tomado conciencia de su interdependencia, y siente la necesidad de una entidad reguladora. Incluso quienes desprecian a la ONU por «irreformable» proponen crear en su lugar una organización parecida que se ocupe de Eurasia, completa y dotada de un Consejo de Seguridad. Fue Z. Brzezinski quien propuso esta idea, que no parece tan extraña: recuérdese que Francisco I creó el Colegio de Francia porque él también pensaba que la Sorbona era «irreformable».

En definitiva, sabemos aproximadamente hacia dónde vamos: para que sea legítima, la entidad reguladora será necesariamente multilateral o más probablemente «oligolateral» –algunos países o

¹¹ Joseph S. Nye Jr., *The Paradox of American Power. Why the world's only superpower can't go it alone*, Ed. Oxford University Press, New York, 2002.

grupos de países jugarán el papel de jefes de fila; el método de regulación deberá respetar a los Estados-naciones y al mismo tiempo superarlos, y por tanto seguirá un procedimiento muy parecido al del «método comunitario». Por ello, es preciso que los europeos consagren todos sus esfuerzos a mejorar las instituciones de la UE, en cuanto quede superado el enorme trauma de su ampliación. Y, si la voluntad popular debe quedar mediatizada por las exigencias del diálogo comunitario, que así se haga: tal vez sea la manera de corregir los excesos de la democracia directa en beneficio de la instauración de una verdadera libertad.

Paralelamente a la hegemonía norteamericana, el mundo podría entonces instaurar un sistema de relaciones internacionales para preparar el relevo –más o menos a la manera como los mismos EE UU estuvieron preparados para tomar la sucesión de la Gran Bretaña, mucho antes de que ésta cediera su puesto con elegancia. Aunque tal sistema se inspirara en las instituciones y métodos de funcionamiento de la UE, ésta no tendría un lugar preponderante

dentro de él: sería uno más entre otros grupos regionales contruidos sobre un sistema parecido.

Pero, para que ello sea posible, es preciso que lo quieran los EE UU, y su supremacía puede durar to-

*en el fondo, la única
diferencia esencial entre
Europa y los EE UU gira
sobre una cuestión de
perímetro democrático*

davía largo tiempo. No obstante, si los EE UU no reforman su Constitución con el fin de facilitar la ratificación de tratados (lo cual equivale sencillamente a reconocer la existencia de una voluntad legítima por parte de los demás países), el margen de maniobra de sus elites dirigentes podría reducirse por cada ocasión que dejen pasar y su papel en el mundo podría disminuir rápidamente.

Vista desde este ángulo, la «cuestión de Occidente» puede formularse de la manera siguiente: «Los EE UU, que sueñan con imponer la democracia en todo el mundo, ¿aceptarán una “democracia de los Estados-naciones” como prin-

cipio superior a sus propios valores nacionales?». Todo hace pensar que, a la larga, no les quedará otra opción; por ello, en su caso, la cuestión se puede traducir en los siguientes términos: «¿Es más eficaz aceptar tal democracia ahora mismo, o bien debemos, en primer lugar, propagar nuestro sistema democrático en todo el mundo, antes de aceptarla?».

¿Cuál será la decisión de los EE UU a medio plazo? La historia lo dirá, pero los EE UU no son los únicos implicados en este problema: también la comunidad internacional debe aceptar una reforma de su modo de funcionamiento, dentro o fuera de la ONU. ¡El sistema norteamericano funciona demasiado bien como para ceder parte de su poder a un «trasto»! ■